

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA  
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2007

## NÚMERO 97

Proclama de un militar americano a sus compañeros de armas, excitando su patriotismo  
contra la insurrección

Camaradas: vamos a limpiar como Hércules, nuestro suelo; a hollar y exterminar esos insectos nacidos y criados en la corrupción, que se han derramado por los campos, para talarlos, y por los pueblos inermes para oprimirlos y saquearlos. Vamos a sofocar en la cuna esos viles bribones que amenazan despedazar el seno de nuestra patria amada, y emponzoñar los manantiales de nuestra dicha, y los tranquilos días de nuestra existencia. Vamos, vamos a vengar y a sostener nuestra divina religión, y el trono de nuestro rey adorado. Lo habemos jurado hacer así, cuantas veces la patria, el rey, la religión reclamasen nuestros servicios, y el cumplimiento de deberes tan sagrados como importantes. ¿Y no oímos su imperiosa voz que nos convoca?

Este es el momento feliz para que nuestra lealtad brille, nuestro honor se acredite más, nuestro valor coja laureles, y volvamos a nuestros hogares coronados de gloria. Y cuando nuestros hermanos de armas luchan en la península de los héroes, con tan firme denuedo e incansable constancia contra enemigos innumerables, feroces y aguerridos; ya que no podemos participar de sus riesgos y trofeos, y del inmortal empeño de morir antes que ser traidores o cobardes; ¿nos resistiéramos ahora a ir volando al campo del honor, que aquí nos espera, a conseguir sin aquellos peligros un lauro semejante, por la importancia del objeto, y por la identidad de intereses que nos unen y estimulan? ¡Ah! Esos infelices indios y rancheros, que sin saber lo que hacen ni lo que se quieren, han tomado las armas contra nuestra patria y hermanos, son unos ciegos y estúpidos instrumentos de cuatro villanos ambiciosos y vengativos, que los agitan y arrastran con miras solapadas. Ellos pues

necesitan del ejemplo de nuestra fidelidad y patriotismo para abrir los ojos y dejar de ser malvados. Viéndonos fieles a nuestro rey, obedientes y sumisos al jefe que ejerce su autoridad y representa la imagen de su bondad y virtudes, exclamarán confundidos y desengañados. “¿Quién turbó nuestro reposo? ¿quién sedujo nuestro candor? ¿quién abusó de nuestra sencillez e ignorancia? ¿quién? ¿Qué monstruo infernal nos ha impelido a ejecutar crímenes que nuestro corazón condena, y que repugna a nuestra índole pacífica y a nuestra piedad cristiana y humilde? ¿No sois vosotros los hermanos, amigos compañeros constantes, unidos por religión, por sangre, por vasallaje, para que formemos todos una misma sociedad tranquila y envidiable? ¿Cómo hemos degenerado de estos sentimientos, y hemos podido llegar a tal extremo de locura inaudita? ¡Ah! Juntemos nuestra diestra, renovemos la interrumpida fraternidad y alianza; y unidos así, vamos todos a perseguir y castigar a los autores de la seducción y del tumulto. Volvamos contra ellos las armas que nos han dado, y desagraviemos de este modo a la patria que vilmente ofendimos, y a la religión que hemos escandalizado con tal infamia.”

No lo dudemos, camaradas, ellos con nuestro ejemplo quedarán convencidos y ganados: se ahorrará el derramamiento de su sangre, y a una todos perseguiremos a los malhechores fraudulentos, que Dios reserva como víctimas de su furor por medio de nuestra indignación y venganza. La sangre de los obstinados en su temeraria empresa, es la que ha de lavar la mancha que han echado al país más pundonoroso del nuevo mundo, con un proyecto tan atroz e impío como los más impíos y atroces que haya podido concebir y sugerir el tirano y usurpador del mundo antiguo.

Yo bramo de ira, como leona a quien han quitado sus cachorros, que ruge y busca enfurecida al robador; al contemplar que esos frenéticos con su asonada, robando los bienes de todos y asesinando a tantos inocentes, quieren robarnos a los demás el honor y el buen

nombre, de que tan dignos éramos en el curso de tres siglos, y mucho más en este tiempo en que han sido maravillosas las acciones de lealtad, compasión, generosidad y justicia con que lo hemos hecho más famoso que antes. Jamás había abortado la América española hombres crueles, sedientos de sangre humana, monstruos que oprimidos con el peso de su execrable existencia, aborrecen cuanto miran alrededor de sí, y que quieren tener en todos unos compañeros de su infortunio o de su perversidad; que tienen el placer de hacer mal por insensibilidad de corazón, o por el gusto de ver sufrir a los demás. Lejos pues de nuestro suelo esos nacientes minotauros que todo lo quieren devorar, esas Medeas dañosas que siembran discordias para facilitar las rapiñas; que arman a los incautos para continuarlas, y que las continúan para mantener a los ejecutores de los desafueros y maldades. Pronto pereciera y se hundiría en un abismo de males este reino tranquilo y floreciente. La industria, las artes, el comercio, la cultura, las virtudes patrióticas y religiosas, la paz de las familias, todo desaparecería en pocos meses; y unos hombres nulos para todo lo bueno, cargados de crímenes, encenegados en los vicios más soeces, teñidos con nuestra sangre, marcados con la reprobación de los impíos más desatinados, vendrían a dominar por unos días sobre un teatro desolado, y a entregar después nuestra patria al primer usurpador extranjero que aprobase su maldad, como un medio de consumir las últimas que medita el inventor de todas las más atroces e inhumanas.

Tantas y tan grandes calamidades tenemos que precaver con nuestro esfuerzo y virtudes militares. Poco valor se necesita para disipar una turba efímera de bandoleros. No dura el enlace entre gentes colecticias, que sólo piensan en robos momentáneos. Corramos pues a estorbar que estos daños continúen. El triunfo de nuestras armas será glorioso, porque restablecerá el orden y la armonía de aquellos pueblos alterados, asegurará las propiedades, sostendrá a los justos oprimidos, amparará los templos de Dios vivo, y a sus

sagrados ministros. Nuestra reputación y concordia, la obediencia a nuestros jefes, nuestra lealtad y patriotismo santos, reluciendo en nuestros escudos y armas, anunciará la paz a los seducidos y a los esclavizados, y la conservará con la abundancia. ¿Cuándo, oh camaradas píos, valientes y leales, cuándo podríamos dar mayor prueba de estas virtudes que son nuestra divisa? ¿Cuándo lograríamos en menos tiempo tan grandes ventajas, ni ocasión de hacer servicios tan importantes a la patria, que nos crió, y a la religión divina que ha de salvarnos? No haya pues, ni un solo cobarde entre nosotros; ninguno que no esté deseoso de la gloria que forma a los héroes verdaderos y benéficos.

Perezca antes mil veces el que intentare ser traidor, y desamparar nuestras banderas... Mas no este crimen imperdonable, no nos afligirá; esta mancha de infamia no caerá en ninguno de nuestros cuerpos. Todos volveremos triunfantes, cubiertos de honra, coronados de laurel a asegurar el ramo de oliva en todo este imperio destinado a cultivar las artes de la paz; y reservaremos nuestro valor acreditado para el caso en que otros enemigos de fuera intentasen venir a perturbarnos. Esta campaña contra los enemigos domésticos sea el ensayo de las que puedan ocurrir contra los extranjeros. Unidos luego, todos seremos invencibles. Vamos pues, compañeros, a conquistar a nuestros hermanos con el ejemplo de nuestra fidelidad; y a rendir a los seductores cobardes con el golpe de nuestra espada, aunque bastarán el aliento de nuestra boca y la indignación de nuestras miradas.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Rodrigo Moreno Gutiérrez  
Eric Adrián Nava Jacal  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602